

RECONQUISTA, DISCURSO HISTÓRICO E IDENTIDADES COLECTIVAS

Martín F. Ríos Saloma*

RESUMEN

En las siguientes líneas se plantean una serie de reflexiones acerca del papel desempeñado por el discurso historiográfico en la construcción de la identidad española, resaltándose el hecho de que la interpretación del pasado se realiza siempre en función de las inquietudes del presente y de unas perspectivas particulares.

En los últimos años he consagrado mi actividad académica a analizar el proceso historiográfico a través del cual los historiadores españoles de las centurias pasadas buscaron definir la naturaleza de las relaciones entre cristianos y musulmanes en la península ibérica a lo largo de la Edad Media.¹ Este interés surgió a partir de las contradicciones que desde mi formación universitaria pude detectar entre aquellos autores que escribían sobre el sentido que los hispano-cristianos habían dado a la lucha mantenida contra el islam peninsular y también acerca de la naturaleza de las relaciones entabladas entre unos y otros, ora definidas como relaciones de convivencia e intercambios culturales, ora definidas como una guerra ininterrumpida a lo largo de ocho siglos. En lo único que pude detectar que había un consenso era en el hecho de definir a este proceso histórico como una *Reconquista*.

El proyecto que presenté para elaborar la tesis doctoral tenía como objetivo abordar, precisamente, la forma en que el concepto de Reconquista se había elaborado en las crónicas hispanas de la Edad Media. Sin embargo, mi sorpresa fue mayúscula cuando, ya en el doctorado y revisando con minuciosidad las fuentes cronísticas, detecté que tal término no se hallaba ni en las crónicas latinas ni en aquellas redactadas a partir del siglo XIII en lengua vernacular y que, en su lugar, los autores empleaban el término *restauración*. Surgió entonces un tema de investigación que se me presentaba como un auténtico reto intelectual a pesar de la sencillez del planteamiento: determinar cuándo, cómo y por qué se había gestado, desarrollado y consolidado el término *Reconquista* en la historiografía española para hacer referencia a las realidades medievales peninsulares.

* Doctor en Historia Universidad Complutense de Madrid.

1 Martín Ríos Saloma, *La Reconquista. Génesis de una construcción historiográfica* (Madrid-México: Marcial Pons-UNASM, 2011); ID, *La Reconquista en la historiografía española contemporánea: un siglo de investigaciones* (Madrid-México: Silex-UNAM, 2013).

Tal recorrido me llevó a identificar que la primera vez que se empleó dicho vocablo fue en la obra del valenciano José Ortiz y Sanz editada a partir de 1795² y que correspondería al historiador liberal Modesto Lafuente definir a mediados del siglo XIX a la Reconquista como “el ensanche de las fronteras de los reinos hispanos”.³ Solo a finales del siglo XIX y como consecuencia de los avatares políticos de España, el vocablo empleado en la crónica medieval sería abandonado de forma definitiva y en la *Historia de España* coordinada por Antonio Cánovas del Castillo los autores del volumen consagrado a la monarquía visigoda se referían a la lucha iniciada por el caudillo asturiano don Pelayo en el año 718 en contra de los musulmanes como una Reconquista.⁴

Más allá del establecimiento de unos datos concretos, mis investigaciones me permitieron constatar dos circunstancias, si cabe, más importantes. En primer lugar, que a lo largo del proceso de definición del término *Reconquista*, este se cargó de significados diversos, convirtiéndose en realidad en un término polisémico, de esta suerte, me fue posible detectar, al menos cinco significados diversos: a) hace referencia a un proceso histórico de naturaleza militar protagonizado por cristianos y musulmanes a lo largo de la Edad Media; b) designa a un periodo histórico en particular que en la mayoría de los casos se ha asimilado con la Edad Media española, el cual comprende desde la batalla de Covadonga en 718 hasta la conquista de Granada por los Reyes Católicos en 1492; c) designa a un momento preciso en la historia medieval peninsular marcado por la conquista de una fortaleza, villa o ciudad por parte de los cristianos y su posterior reorganización política, administrativa y religiosa; d) hace referencia a una ideología creada por los distintos reinos hispano-cristianos a lo largo de la Edad Media que tenía como objetivo restaurar el orden visigodo previo a la invasión musulmana dentro de la península ibérica y e) hace referencia a una categoría de análisis historiográfico a partir de la cual se estudian las realidades medievales de la península Ibérica. Por lo tanto, debemos cuestionar la validez científica de un término que en realidad es ambiguo e impreciso o, en todo caso, matizar su uso.

En segundo término, me fue posible constatar la importancia que el discurso histórico ha tenido en la conformación de las identidades colectivas, en este caso

2 José Ortiz y Sanz, *Compendio cronológico de la historia de España*, 7 vols. (Madrid: Imprenta Real a cargo de Mateo Repullés, 1795-1803, vol. II) 192.

3 Modesto Lafuente, *Historia general de España*, 30 vols. (Madrid: Imprenta de Dionisio Chaulie, 1850, vol. IV) 302.

4 Eduardo de Hinojosa, Aureliano Guerra y Orbe y Eduardo Saavedra, *Historia de España, desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda*, 2 vols. (Madrid: El Progreso Editorial, 1981) (Historia General de España, 5 y 6).

la española. En efecto, cada uno de los autores que se ocuparon del tema, desde los humanistas del siglo XVI al servicio de la Corona que acuciados por la doble necesidad de explicar cómo y por qué la monarquía española se había convertido en la más poderosa del mundo y de defenderla de las otras potencia con las que España se disputaba la hegemonía se dedicaron a escribir su historia, hasta los historiadores del siglo anterior, preocupados por la explicación de las realidades medievales de España en función de las corrientes historiográficas en boga (institucionalismo, materialismo histórico, mentalidades, etc.), pasando por los hombres de Estado metidos a historiadores del siglo XIX que pretendían establecer los valores propios que definían a España frente al resto de las nacientes naciones europeas, todos, de forma consciente o inconsciente, contribuyeron a definir la identidad colectiva Española.

El problema de fondo es que, en realidad, cada uno de estos autores resaltó solo un aspecto de la realidad histórica: los clérigos-cronistas de época moderna subrayaron los valores religiosos de España y entendieron la lucha entre cristianos y musulmanes como un combate permanente por restaurar la libertad del pueblo cristiano y liberarse del yugo mahometano, restaurándose, como consecuencia natural, la organización eclesiástica de época visigoda y los valores y libertades de la Iglesia. Los eruditos e ilustrados del siglo XVIII, preocupados por ofrecer una explicación racional de los sucesos, destacaron las dotes militares de don Pelayo y su deseo de pelear por la tierra perdida frente a unos invasores extranjeros. En el siglo XIX la explicación se hizo más compleja, pues en función de sus filiaciones políticas al liberalismo moderado, al liberalismo radical o al conservadurismo, los diversos autores exaltaron valores distintos: los primeros el papel rector que la monarquía había desempeñado en la lucha contra los invasores extranjeros, así como el apoyo mostrado por la Iglesia y el espíritu de lucha en defensa de la religión; los segundos destacaron el papel del pueblo en la defensa de sus libertades, pueblo que, como había ocurrido frente a cartagineses, romanos y ejércitos napoleónicos, había mostrado un arrojo, un valor y un espíritu indomable; los conservadores, por su parte, destacaron el espíritu religioso —de cruzada— de la lucha contra el Islam y los valores católicos propios del pueblo español, cuyo dirigente natural era la Iglesia: en la España del siglo XIX que se debatía sobre la forma que había de adquirir el Estado y la confesionalidad o no del mismo, estos discursos no eran en realidad relatos sobre el pasado, sino auténticos programas políticos para la acción en el presente. Finalmente, en el siglo XX la historiografía de naturaleza académica que se había desarrollado a lo largo del primer tercio de la centuria sufrió un duro quiebre tras el triunfo de Francisco Franco y la imposición de una interpretación del pasado español que

heredaba los postulados del nacional catolicismo decimonónico y en el que se presentó el alzamiento contra la República como una nueva Reconquista en la que España recuperaría sus valores tradicionales y en el cual se exaltó el reinado de los Reyes Católicos y su triunfo sobre el Islam con la Reconquista de Granada en 1492 como el momento culminante de la historia de España.

La deconstrucción de los discursos historiográficos permite constatar el hecho de que la Historia, al menos como se cultivó hasta el primer tercio del siglo pasado, no tenía solamente como objetivo estudiar el pasado por sí mismo, sino que en realidad, como mostró Eric Hobsbawm,⁵ el discurso histórico tenía —y tiene— múltiples funciones: explicar el presente, legitimar estatus e instituciones, inculcar valores y normas de comportamiento, dotar de un sentido de pertenencia a una nación o a un pueblo —dotarlo de un pasado determinado— construir, en fin, identidades colectivas.

Ello nos debe llevar a una reflexión más compleja: si los discursos historiográficos han tenido como objetivo final la construcción de identidades colectivas, entonces nuestras identidades nacionales son cuanto menos artificiales y los historiadores han tenido una responsabilidad de primer orden en la selección, sistematización, recreación o actualización de unos hechos históricos determinados a partir de los cuales se ha pretendido fundamentar una cierta visión del pasado. El resultado puede ser positivo o negativo, ha podido tener mayor o menor éxito, pero los historiadores de las generaciones actuales están llamados a cuestionar los relatos nacionales decimonónicos por cuanto en realidad han deformado conscientemente el pasado con el fin de legitimar a los Estados-nación y los resultados no siempre fueron los esperados. Porque España, al cabo de todo lo que se escribió a lo largo de cinco siglos sobre la Reconquista y su contribución a la forja de la identidad nacional acabó siendo, como lo demuestran los actuales debates políticos, un Estado con un sentimiento nacional muy débil.

5 Eric Hobsbawm, "Introducción" en: Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición* (Barcelona: Crítica, 2002) 7-21.